

Dejad que por fin acaben,  
con que concluya mi afán;  
este afán de vida nueva  
de una vida que se va...

Fueron razón de mi vida.  
La muerte me aprestarán.  
He de morirme sin ellas,  
y libraré de mi mal.

Campanas, campanas locas:  
por última vez clamad,  
y cese después, al punto,  
vuestro vano repicar...

¡Campanas, las de mi sueños,  
por mis ensueños doblad!  
¡Dormid, ilusiones mías;  
dormid, para siempre, en paz!

## POEMAS RÚSTICOS

*A mi hermano Rafael.*

Montes de Tozo (Cáceres), Noviembre de 1907.



## OTOÑAL

### I

Desde el sol va cayendo una lluvia de oro.  
El sol, tan rico en rayos, derrocha su tesoro,

como un *grande de España*, de los que fueron grandes  
en los épicos días, en Italia y en Flandes...;

de los que conquistaron su fuero de grandeza  
por el ánimo firme, por la brava nobleza;

no de los que tan sólo brillaran por el nombre,  
con que oculta sus viles pequeñeces el hombre;

parcos en los deberes, vanos en los derechos;  
con nombre por sus títulos, sin nombre por sus hechos.



Al sol, que ya se aleja del brumoso horizonte,  
se tiende, ya despierto, desperezado, el monte;

el monte, que se prende, como una banda, un río;  
—un monte velazqueño, con tapiz de rocío,

con largas ondas verdes, con anchuras de mar,  
poblado por los árboles de un espeso encinar;—

el monte, como en oro, con tanta luz bañado;  
todo el monte bruñado, todo el monte dorado,

que deslumbra, que ciega, con vivo tornasol;  
todo lleno de chispas, todo lleno de sol.

## II

Tal fué de ayer la ardiente, la espléndida jornada.  
Hoy ya vino la niebla de la dulce otoñada;

una niebla con aire misterioso de bruma,  
bajo la cual el monte se recata, se esfuma;

con sus nobles y hermosas amplitudes de mar,  
poblado por los árboles del espeso encinar.

Un encinar austero, que se toca, y se viste  
como de eterno luto, con su follaje triste;

su follaje profuso, tan deslustrado y serio,  
que impone al campo todo su nota de misterio.

Cómo surge del monte, desgarrando la niebla,  
el arbolado prieto que lo invade y lo puebla.

Cada tronco, rugoso, desigual y membrudo,  
un soldado semeja de un ejército mudo

que avanza en la penumbra. Cada tronco de encina  
me parece que corre con la suelta neblina;

velo de velos múltiples, que en silencio se cierra,  
que los aires entolda, que amortaja la Tierra.

En la niebla difusa, dijérase que todo  
se postra al fin, se funde..., con un amable modo.

No. Nada va, ni corre. Todo, más bien, se aquieta  
en el hondo misterio de una calma completa;

bajo el influjo amigo de la atmósfera tibia,  
que, por blanda y por leve, me tempera y alivia;

que acaricia y conforta, con dulce confortar,  
mi frente, tan dolida del grave cavilar.

Oigo, de tarde en tarde, un aislado sonido:  
cayó, sobre las hierbas, un fruto desprendido.



Después, al otro lado de la distante casa,  
suenan, lejos, la música de un rebaño que pasa;

un rebaño de ovejas, lanzado por el frío  
del monte castellano donde pasó el estío;

un rebaño, que ya, de noche, sueña  
con que ha de darle abrigo su majada extremeña;

bien por los altibajos de tierra trujillana,  
bien al Sur, donde suena la voz del Guadiana...

¡Oh música suave de la paz campesina,  
que escucho recostado contra vetusta encina;

música del rebaño, cuanto lejana pura,  
que escucho en esta noble, feraz Extremadura,

mientras pienso que suenan..., ¡que resonando están!  
las sentidas tonadas de Gabriel y Galán!

¡Oh canciones gustosas en la mañana quieta!  
¡Oh noble suelo, digno de su noble poeta!

### III

Esta es la buena vida del campo, regalada;  
preferida del justo, por los vates cantada;

vida sin sobresaltos, sin afanes, sin duelos;  
á solas con las tierras, á solas con los cielos.

Tal su luz más amable, que si alumbra no abrasa.  
Tal su música, música lentísima, que pasa,

como el aire tan sano del encinar bravío;  
como el agua somera del Tozo, breve río

que va por este monte, tan humilde y discreto  
que apenas va con agua, por correr en secreto....

Bien está que descanse, por triste y dolorida,  
en esta paz del campo mi tormentosa vida.

Bien está que las penas que airadas me acometen,  
con el quieto paisaje del Otoño se aquieten;

que guste yo la vida del vivir verdadero,  
mientras hallo la calma del descanso que espero,

cuando al fin de la lucha que me rinde y aterra,  
me recojan los brazos de mi madre la Tierra.

Unas horas mi espíritu logre al cabo reposo,  
con estas venturanzas del sentir deleitoso.

Goce, mientras la Muerte de mi angustia se cuida,  
¡goce en paz, un instante, de la paz de la Vida!



## TONADAS DE PASTORES

## I

## CANCIÓN DE RABEL.

Sale la luna llena  
redonda y blanca.  
Parece que es la luna,  
y es una cara.  
Sale la luna llena,  
y al verla cantan,  
cantan los pastorcillos  
en sus majadas.

CON EL ARRABEL,  
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN;  
QUE SI TÚ TIENES CABRAS,  
CORRAL TENGO YO.

Parece que es la luna,  
y es una cara;  
la cara de una moza  
risueña y blanca.  
Toda la cara tiene  
de luz bañada;  
la rosa de los cielos,  
rosa de plata.

QUE CON LA ARRABELILLA,  
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN;  
QUE CON EL ARRABEL;  
*que canto yo á la luna,  
la del buen parecer.*

La cara de la luna,  
risueña y blanca,  
es la cara bonita  
de la mi Juana.  
La moza que yo quiero  
tiene la cara  
lo mismo que la luna,  
de luz bañada.

QUE CON LA ARRABELILLA;  
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN;  
QUE CON EL ARRABEL;



*que canto yo á mi moza,  
la del buen parecer.*

QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN.

La moza que yo quiero  
es una linda flor...

QUE SIN DÍN, QUE SIN DÍN;  
QUE SIN DÓN, QUE SIN DÓN.

Y se muere de amores  
por su pobre pastor.

La adora la mi madre,  
tan buena como Dios.

¡Con mi madre y con ella  
seré un Emperador!

¡QUE SIN DÍN, QUE SIN DÍN, QUE SIN DÍN;  
QUE SIN DÓN, QUE SIN DÓN, QUE SIN DÓN!

## II

### COPLAS DE PANDERETA

Mi querer es moreno,  
porque me matan  
los ojos de una moza  
morena clara.

*Los ojos negros  
de mi zagala;  
los ojos negros  
que un tiempo me miraban.*

Se fué la mi morena  
por esos campos;  
se fué pa las montañas  
con el rebaño.

*Si por el rido,  
si por La Vera;  
si por el rido  
se fué la mi morena.*

La vide con las cabras  
campo adelante,  
revolviendo los ojos  
pa consolarme.

*Sus ojos negros,  
sus grandes ojos;  
sus ojos negros,  
que son tan cariñosos.*

Sin ella, que me falta,  
me falta el aire;  
que no tengo ni gusto  
pa levantarme.



*Sin mi morena,  
morena clara;  
sin mi morena,  
no sirvo ya pa nada.*

Volverá con Noviembre;  
¡malditas sean  
las calores malditas  
que se la llevan!

*Si por el rido,  
si por La Vera;  
si por el rido  
se fué la mi morena.*

En un rayo, á la luna  
le doy un beso,  
pa que con otro rayo  
lo dé á mi cielo...

*Lo dé á mi Rosa,  
por esos campos;  
lo dé á mi Rosa,  
que va con su rebaño...*

. . . . .  
. . . . .

## III

## EL AMOR DE LA LUMBRE

Dame calor, que me encienda,  
lumbre de buenas taramas,  
en el centro del mi chozo,  
chozo de la mi majada.  
Dame calor, para el cuerpo;  
dame calor, para el alma;  
ve que los dos se me entumen;  
ve que los dos se me acaban.  
Afuera el aire, de frío,  
como que corta la cara;  
ni se ve cuasi, que todo  
con la niebla se amortaja;  
niebla terrera, que al suelo  
como con uñas se agarra.  
Ya va muriendo la tarde,  
ya viene la noche mala,  
con que los mis sustos crecen  
y las mis penas se agrandan;  
que estoy más solo en el mundo  
que una estrella solitaria.

Murióse el mi padre viejo,  
coronadito de canas;



murió después la mi madre  
 como se mueren las santas.  
 Ni buen hermano me dieron,  
 ni arrimo de buena hermana,  
 ni vieron que la mi Carmen  
 con buen querer me mirara.  
 La mi Carmen no me quiere,  
 que no quiere quien me engaña.  
 ¡Quién hubiera de decirlo,  
 con aquella linda cara,  
 con aquel cuerpo tan guapo,  
 con aquellas manos blancas..!  
 Parece la propia Virgen,  
 y está como endemoniada.

Ya va muriendo la tarde,  
 ya viene la noche mala.  
 Unas con otras se hacinan  
 las ovejas y las cabras,  
 con la calor que se prestan  
 durmiéndose consoladas.  
 Y en tanto, la niebla cunde;  
 y en tanto, la niebla baja;  
 y en rededor, por el cielo  
 y en la tierra, todo calla,  
 talmente que algunos ratos  
 me asustan las mis palabras.

Mira que me estoy muriendo,  
 que las piernas se me traban;  
 que me puede tanto frío,  
 por el cuerpo y en el alma.  
 Dame calor, que me encienda;  
 dame calor, con tus brasas.  
 Dame amor, amor de lumbre,  
 lumbre de buenas taramas,  
 en el centro del mi chozo,  
 chozo de la mi majada.



## LA SANTA PAZ

Quiero, como Baltasar  
de Alcázar, en cierto día,  
darte cuenta regular  
de mis horas, dueña mía;  
hoy que, huyendo el torbellino  
del mal vivir cortesano,  
vivo el vivir campesino,  
por más honesto y más sano.

Tengo mi casa en el monte,  
y en cuanto la vista abarca  
es límite el horizonte  
de bella y fértil comarca,  
pues mi suerte, al fin risueña,

me trajo, por mi ventura,  
á la parte cacereña  
de la gran Extremadura.  
Mirando hacia el Mediodía,  
pronto distingo, á la luz  
que un pródigo sol envía,  
la Sierra de Santa Cruz.  
Mucho más cerca, y al pie  
de su maltrecho castillo,  
sin gran esfuerzo se ve  
cómo se encumbra Trujillo;  
cuál á la siniestra nube,  
ó al claro sol, desafia  
la que sobre el muro sube  
torre de Santa María.  
Hacia naciente y poniente  
sierras van de recio porte;  
la cumbre de una pendiente  
fija á mis ojos el Norte.  
Y en tierras circunvecinas,  
me guardan, pues me rodean,  
encinas y más encinas,  
que débilmente verdean,  
y que ya, con la otoñada,  
rinden al suelo tributo,  
sobre la hierba mojada  
dejando llover su fruto.



Con ello, de cuando en cuando,  
bien mi atención se distrae:  
sintiendo el sonido blando  
del breve fruto que cae.

Dos ríos cruzan el monte;  
uno bien rapaz: el *Toxo*;  
otro mayor: el *Almonte*,  
más arriscado y más mozo.  
El uno del otro en pos,  
van corriendo monte abajo,  
hasta que, juntos los dos,  
y el Magasca, van al Tajo;  
tal como el Tajo, después  
de tanto y tanto rodar  
por el suelo portugués,  
rinde sus aguas al mar.  
Diga su historia, publique  
dónde van los poderíos...  
Aquí de Jorge Manrique:  
*Nuestras vidas son los ríos...*

Si en tan grato apartamiento  
del mundo vivo dichoso,  
dígalo bien mi contento,  
que nace de su reposo;  
lejos de gárrula turba,

lejos de vil sociedad,  
y en donde nadie perturba  
mi apacible soledad.  
Bástanme, para consuelo  
delicioso de mis males,  
con las que me brinda el Cielo  
perspectivas otoñales;  
bien cuando el sol, ante el mundo,  
tiende su *guedeja rubia*;  
bien cuando al suelo fecundo  
llega, templada, la lluvia;  
no del tiempo fosco y malo;  
la lluvia que el suelo espera  
si ha de lograr el regalo  
de la rica sementera.

Sin sentir, ayer me estuve  
viendo, en campo de arrebol,  
luchar con cargada nube  
la luz inquieta del sol.  
Ya al sol la nube rompiendo  
como con flechas doradas;  
bien á la nube, moviendo  
sus nieblas enmarañadas;  
hasta que al fin el nublado  
lloviendo se disipó,  
y el buen Febo, despejado,



dueño del campo quedó.  
 Con que mejor lo pasé,  
 viendo tan bizarra lid,  
 que escuchando en el Café  
 las disputas de Madrid.

Aquí no llegan las voces  
 del mentidero político;  
 ni las del *bravo*, feroces,  
 ni las agudas del crítico...,  
 ni la cara torpe ves  
 del amigo cortesano,  
 tan pulido, tan cortés...  
 y á las veces tan villano.  
 Las guardesas campechanas  
 y los rústicos pastores  
 ni privan por casquivanas  
 ni medran con ser traidores.  
 No amarga, pues, la traición  
 con que dañaron mi vida  
 la calmosa digestión  
 de la sabrosa comida.  
 Que es bien sabrosa, ¡pardiez!,  
 y es delicia singular  
 del olfato, y á la vez  
 delicia del paladar.  
 Con carne, caliente y buena,

bien limpia y aderezada;  
 por la tarde y en la cena  
 con sano mosto regada.  
 Son de ver, en blanca fuente  
 que por blanca y pulcra brilla,  
 cuándo el lomo bien oliente,  
 cuándo la grasa morcilla,  
 cuándo el borrego partido,  
 cuándo la entera perdiz;  
 todo en sazón, prevenido  
 por un acierto feliz.  
 Y es el mosto de gustar  
 en vasos hondos y netos;  
 amigo del buen hablar  
 y enemigo de secretos.

Ni logran el vil tramposo  
 y el sagaz embaucador,  
 romper el «almo reposo»  
 del sueño reparador.  
 Y has de verme, satisfecho,  
 con los ojos entornados,  
 cuando me rindo en el lecho  
 sin afanes ni cuidados;  
 en el silencio profundo  
 del quieto campo vecino;  
 lejos, al cabo, del mundo



mentiroso y asesino.  
Después del sereno día,  
y en noche tan sosegada,  
la suerte no trocaría,  
de mi descanso, por nada.

¡Cuáles ventajas consigo!  
*¡Cuál aliento! ¡Cuál me ensancho!*  
¡Ah Sancho Panza, mi amigo!  
¡Te adoro! ¡Me siento Sancho!  
¡Qué vida tan deliciosa  
la vida llana y serena!  
¡Qué buena cosa, la prosa  
de la vida... cuando es buena!  
Con esto acabo por hoy.  
Más no cuento, ni describo.  
Bien sabes ya lo que soy,  
pues que sabes cómo vivo;  
pues que, como Baltasar  
de Alcázar, en cierto día,  
la copia te vine á dar  
de mi vida, dueña mía;  
la que debieran los cielos  
darnos, por fin, á los dos:  
sin penas y sin recelos,  
¡y en paz y en gracia de Dios!

#### EN UN RIBERO DEL TOZO

Pobre *Tozo*, pobre río,  
que de monte vas en monte,  
hasta dar en la corriente  
del *Almonte*;

breve río, que por lecho  
donde corras tienes breñas,  
por las cuales te desgarras  
y despeñas;

que al correr por un barranco,  
triste asomas, triste pasas,  
con tus aguas tan someras,  
tan escasas;